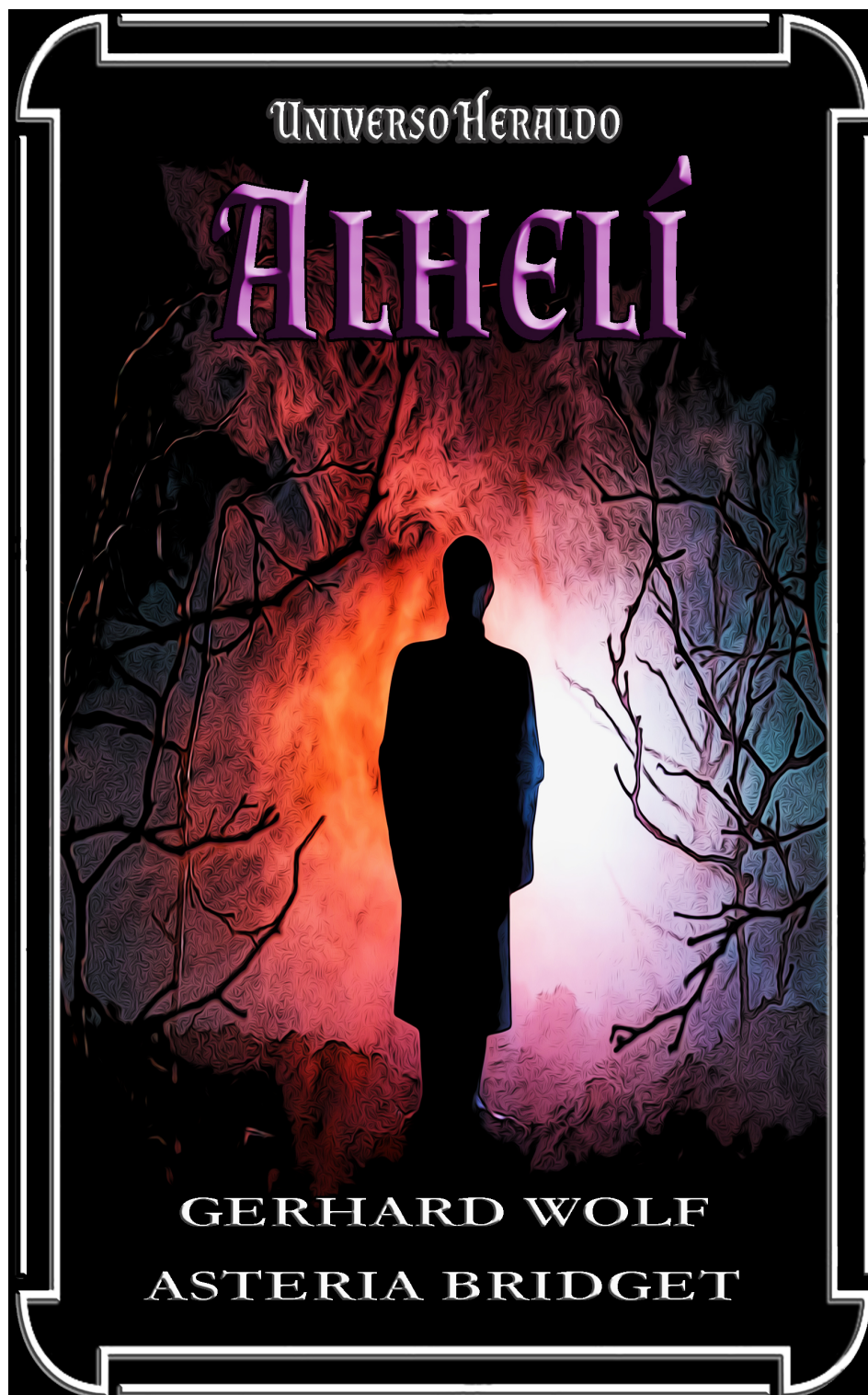


Universo Herald: Alhelí

German Martinez Lobo



Capítulo 1

Prologo

Entre Génesis y Genoveva, se alza la llamada "Sierra del Espejo". Conocida por muchos alpinistas por ser un lugar inalcanzable. Dado que su difícil acceso, fauna hostil e inhóspitos parajes fueron suficientes para cobrar más de una decena de vidas en el pasado.

En el fondo de aquella cordillera, sin que nadie lo sospechara, nos refugiarnos, obligados a habitar con los escorpiones, gusanos y murciélagos que reposaban adheridos al techo. Nos vimos obligados a permanecer en un estado que fácilmente podría confundirse con la hibernación, esperando el momento para salir de la ruina que por más de una década, nos esclavizaba y obligaba a ocupar el mismo cuerpo.

«¡Tenemos que partir!», susurré desde lo más recóndito de su mente.

—Aun no... —musitó él entre la oscuridad, mientras escuchábamos el sonido del excremento de los murciélagos, que cayendo desde lo alto, se embarcaba en un viaje hasta el suelo.

Entendía que estuviera reacio a actuar, un paso en falso y podríamos ser atrapados y enviados a Corsucal o desterrados a las tinieblas y ninguno de esos dos destinos eran deseables, pero quedarnos aquí tampoco nos garantizaba un futuro agradable.

Él estiró nuestra mano, tanteó en la oscuridad hasta que tomó un escorpión gigante que se paseaba por el suelo rocoso, quien al sentirse amenazado no dudó en clavarle su aguijón.

—¡Ay, chiquito! Tu nunca podrías matarme con eso —le dijo antes de lanzarlo contra una de las paredes. Luego esbozó una sonrisa al notar que la vida abandonaba al arácnido mientras caía.

«Siento algo... Está lejos pero es fuerte», le dije deseando llamar su atención.

Él no contestó, pero sé que también lo sintió. Algo se abrió, algo que había sido suyo hace mucho tiempo, y que ahora volvía a aparecer por alguna extraña casualidad. Estaba lejos, a unos cien kilómetros, tal vez más, pero era lo suficiente; Si nos poníamos en marcha lo encontraríamos.

«Vamos, no pierdas el tiempo, estoy cansada de estar aquí encerrada»

—Lo sé —replicó.

Al ponernos de pie los huesos crujieron, algo normal luego de los meses que estuvimos tendidos en el suelo.

—Pero debemos tener cuidado.

«Lo que tenemos que hacer es irnos de aquí antes de que perdamos el rastro, a no ser que quieras pasar una década más conmigo, en esta cueva, esperando otro milagro»

Con gran velocidad y deslizando ese cuerpo como un fantasma en la oscuridad salimos de la caverna.

—Está a una distancia considerable. Llegar tendrá un costo elevado. No sólo para nosotros, sino para este cuerpo.

«Estoy dispuesta a pagar el precio que sea, ya luego veremos que hacer». Le confesé.

Entonces, empezó a bailar sobre el suelo pedregoso, la túnica describió semicírculos y figuras ondulantes, mientras él afinaba su voz para cantar.

Mi gran Jesús, Mi bello rey

Por tu gran amor yo te alabaré,

Mi gran Jesús, Mi bello rey

Por tu luz y tu voz me guiaré

La danza continuó varios segundos. Hasta que, ante la vista de unas aves que atravesaban volando las montañas, desaparecimos. Dejando un gran manchón escarlata en el lugar donde estuvieron nuestros pies.

Capítulo 2

Jack

Cuando se abrieron las puertas del elevador giré a mi derecha y entré al apenas iluminado estacionamiento. Me encontraba sumamente molesto. El supervisor Ortiz le acababa de decir a Walter, mi jefe inmediato, que me diera un último encargo, justo el día que iniciaban mis vacaciones.

—Ya va siendo hora de que ese viejo compre más bombillos —musité tras vislumbrar las lámparas del techo, carentes en su mayoría de tubos fluorescentes.

El olor a aceite y grasa me recibió al instante. Tras recorrer unos veinte metros encontré una motocicleta negra y un casco con visera que lucía los logos de Black Thunder, la compañía para la que trabajaba. Tras revisar que todo se viera en orden aseguré la pequeña caja con la encomienda a la parte trasera del vehículo, al tiempo que, con mi bolso a cuestas, recordé como me habían metido en este lío.

Walter acababa de darme la noticia, y estábamos recorriendo un pasillo con carteleras y afiches publicitarios de la empresa. «Envíe sus cosas con la tranquilidad y rapidez que solo nosotros brindamos», rezaban algunos de ellos, lo cual era gracioso considerando que Black Thunder era la segunda compañía de encomiendas más lenta en Merindia.

El área de embalaje era una oficina pequeña, olorosa a pegamento y cartón, con un par de mesas, tres sillas plásticas e infinidad de cajas. Allí nos esperaban dos empleados, Cristina y Alex.

—¡Por fin, Walter! —dijo la joven obesa al vernos entrar.

—¡Gracias a Dios! —agregó Alex levantándose de su silla para buscar una caja que estaba en una mesa cercana a la ventana —. Estábamos por irnos.

—Yo también —susurré recibiendo al instante un codazo de Walter en mi

costado.

Alex venía de regreso cuando, enredándose con unas cintas blancas de seguridad regadas en el suelo, cayó al piso lanzando la caja por los aires. Esta, tras caer al piso se abrió, liberando tres cofres rojos con ornamentas doradas que salieron despedidos en distintas direcciones.

—¡Lo que faltaba! —gritó Walter llevándose las manos a la cabeza.

—¡Alex! —exclamó Cristina yendo a auxiliar a su compañero.

Uno de los cofres fue directamente hasta mí, y chocando contra mis botas se abrió revelando su contenido, un cúmulo de monedas oxidadas que se dispersaron por el suelo embaldosado. Rápidamente me agaché y empecé a recogerlas para regresarlas al cofre.

—Jack por favor dime que... —empezó a decir Walter sin terminar su oración.

—No les pasó nada —afirmé tras examinar los otros dos cofres.

—¡Gracias al cielo! —musitó mi jefe aliviado.

Llevé los cofres a una pequeña repisa cercana, allí contemplé con más detalle las monedas. El óxido las había cubierto por completo, parecían haber estado mucho tiempo en el agua o quién sabe dónde.

—¿Qué tendrán los otros cofres? —pregunté.

—¿Y por qué ese empaque fue abierto?

—Todo fue por Otis. El idiota olvidó entregar este paquete la semana pasada, ayer lo encontró en un charco de aceite de motor que se derramó en el área de carga de su van —sentenció Walter.

—¡Ese Otis es un cerdo! —comenté.

—Lo dices como si fuera algo bueno... —replicó Walter molesto.

—¡Listo! —exclamó Alex cuando embolsó los cofres en una nueva caja.

Walter tomó la caja y tras ponerla en mis manos me animó a que saliera de la oficina

—Gracias por esto Jack, toma una moto y déjala en la otra oficina. No hace falta que la regreses —Finalizó Walter dándome una palmada en el

hombro.

—Lo que sea por ti —repliqué dándole un manotón en una de sus grandes orejas para salir corriendo.

Cuando volví de mis recuerdos, me subí a la moto y la encendí. Me coloqué el casco y al mirar al frente tuve que agotar toda mi prudencia y autocontrol, de lo contrario hubiera rayado la pintura de la vieja Terios del supervisor Ortiz, que estaba aparcada a pocos metros.

—Tantas horas sin hacer nada y ahora es que me vienen a decir...—refunfuñé entre dientes, mientras inhalaba aire y contaba mentalmente hasta diez.

Era consciente de que debía calmarme o chocaría con el primer auto que se me pusiera al frente. Así que espere varios segundos y al final arranqué

Sin mirar atrás salí del estacionamiento, por suerte mi casa estaba cerca de la otra sucursal. Viéndolo desde ese punto de vista, Walter me acababa de hacer un favor. Era una hora en transporte público lo que me tomaría llegar allá, pero con la moto no debería emplear más de media hora, incluso menos si el tráfico era amigable.

Veinte minutos después llegué al área norte de la ciudad, ahora solo debía tomar el distribuidor que, tras diez minutos de recorrido me conduciría a la otra sucursal. Al ver que la vía ante mí lucía despejada decidí que era momento de acelerar las cosas para acabar lo más rápido posible con mi última tarea.

Por desgracia, las cosas no salieron como esperaba. Sin saber de dónde, apareció de la nada un sujeto que exhibiendo unos deteriorados harapos negros, se me atravesó pocos metros adelante.

—¡Mierda! —exclamé dando un rápido giro a la derecha para esquivarlo, para mi mala suerte, aquella maniobra me hizo perder el control del vehículo. Salí impulsado hacia adelante, empezando a ver torbellino de luces a través del visor de mi casco, aquel ciclón se mantuvo hasta que caí al suelo, lo último que escuché fue la motocicleta cayendo a mis espaldas, chocando contra un árbol, mientras en mi campo visual pude apreciar la caja que transportaba.

Capítulo 3

Drubriel

El rugido de una motocicleta hizo que mi compañero, por precaución se alejara del joven a toda prisa, y pareciendo flotar por el aire, subiera a un árbol cercano, donde se refugió detrás una densa capa de hojas y ramas, pensando que nadie sería capaz de advertir su presencia.

Afortunadamente aquel lugar le permitía ver y sentir lo que sucedía. Fue entonces cuando, mirando sus manos quemadas, se dio cuenta de su error al intentar tomar la caja en una forma tan despreocupada.

Una mujer vistiendo un uniforme de bombero bajó de su moto y se aproximó al lugar del accidente, tras inspeccionar el área hizo una llamada e inmediatamente empezó a aplicar los primeros auxilios al joven.

—El cofre está protegido —susurró él varios minutos después, al tiempo que volvía a ver las heridas en sus manos.

«No me extraña... pero tu dolor fue necesario, aunque no pudiste abrirlo hemos asegurado que lo conseguiremos pronto», le dije en sus pensamientos.

—Yo no perderé tiempo, ¡haré que esa chica lo abra! —dijo al bajar del árbol y empezar a caminar hacia la joven con uniforme.

Yo me disponía a decirle que se detuviera pero no hubo necesidad, ya que en ese momento escuchó varias sirenas acercándose. Él quedó expectante, contemplando como dos patrullas de protección civil y una ambulancia llegaban al lugar del choque. De ellas bajaron varios hombres, siete en total, que sumados al joven tendido y la mujer sumaban nueve personas.

La bombera juntó las pertenencias de joven y las guardó en la ambulancia. En ese instante mi compañero sintió un vuelco en el lugar donde alguna vez estuvo el corazón del cuerpo que nos servía de refugio.

—Allí esta lo que necesitamos —gruñó en voz baja.

«No podemos hacer nada, hay mucha gente», le dije.

—¡No me importa la gente! —replicó con enfado.

«¡Pues debería importarte! —le aseguré—. Mírate las manos, el cuerpo debe sanar y eso tomará tiempo, además, nos trasladamos desde la

montaña, nuestro contenedor debe descansar. Por otro lado, no sabemos quién más pueda llegar; si aparece mucha gente tendremos que pelear y eso solo dañará más a nuestro cuerpo, no estamos en nuestro mejor momento», le mencioné.

—¡Haré que uno de ellos lo abra!

«No haremos movimiento alguno, al menos hasta que se garantice que el cuerpo esté estable, podría desmoronarse y lo perderíamos todo, debemos esperar, además es posible que pueda conseguir algo para mí también», le respondí.

—No me digas que hacer, yo soy el amo y tú...

«¡Soy la que evita que caigamos en el mundo quebranto! No lo olvides», le dije.

—Está bien, esperaré —agregó resignado mientras miraba a la mujer con traje de bombero regresar a su motocicleta para seguir a la ambulancia donde subieron al joven.

«Vamos a actuar con cautela —dije suavemente para no alterarlo—. Con lo que hiciste no perderemos el cofre, ambos obtendremos lo que queremos, tranquilo».

—No soy de esperar pero está bien, te haré caso, el cuerpo debe sanar —añadió mirando la ambulancia, alejándose por la carretera.

Entonces decidió seguirla.

Capítulo 4

Jack

Tras despertar me llevé las manos a la cabeza, aún era incapaz de recordar lo que acababa de suceder. Lo único que sentía eran mareos y un inmenso dolor que, desde mi ojo izquierdo parecía taladrar hasta la mitad de mi cráneo. Era una migraña de los mil demonios.

Al notar que estaba sobre una camilla, lo primero que hice fue comprobar que no me faltaran miembros. Así que toque mis brazos, piernas, ojos, orejas y nariz. Noté una venda que rodeaba mi cabeza y cubría mi cabello. Un fuerte dolor golpeaba eventualmente mis costillas y hombro izquierdo. Intenté incorporarme pero se me hizo imposible, por lo que volví a caer en la camilla con mi mundo dando vueltas.

—¿Hola? ¿Alguien...? —No tenía muchas fuerzas para hablar, y las pocas palabras que salían de mi boca no eran más que lastimeros susurros. Entonces comprendí que aún no era el momento de moverme, debía reposar un poco más.

Contemplé el lugar que me rodeaba, paredes con baldosas verdes se alzaban a mi derecha y mis espaldas, cortinas médicas azules a mi izquierda y al frente, el techo era un cielo raso con una lámpara de tubos fluorescentes que iluminaban toda la estancia.

Aguardé varios minutos y volví a intentar levantarme, solo entonces noté que la camilla tenía unos discretos barandales. Tal vez para esposar a los criminales o evitar que los idiotas que chocan antes de salir de vacaciones cayeran al suelo.

«Mierda... La moto, ¿Ese condenado idiota de dónde salió?», pensé al instante, no recordaba mucho más allá de la maniobra que usé para evadir al pendejo que se había parado en medio de la vía.

Tenía vagos recuerdos de verme frente a un árbol, luego de que la moto derrapara, pero realmente no estaba seguro de nada, cada vez que intentaba recordar me dolía la cabeza, por lo que decidí no insistir. Si esa cosa estaba asegurada no sería mayor problema y si no ya Ortiz se podía ir a la mierda, en realidad lo que pensara ese viejo andropáusico me traía sin cuidado.

Finalmente me puse en pie, entonces un dolor como un calambre recorrió mi pierna derecha. Noté a mi izquierda un atril que sostenía una bolsa ya seca de suero. No tenía mi teléfono o un reloj, así que ni puta idea de que

hora era.

Caminando lentamente atravesé las cortinas para encontrarme en un corredor. A mi izquierda había más cortinas por entre las cuales se podían ver otras camillas, todas vacías a excepción de una, donde parecía haber un hombre que tosía tan fuerte que llegué a pensar que en algún momento vomitaría su propia garganta. A mi derecha habían varios carritos y estantes con guantes, inyectoras, soluciones y demás material médico.

El olor a talco y desinfectante me abordó enseguida, estaba sin dudas en un hospital.

No di muchos pasos, seis a lo sumo, entonces mis piernas decidieron que ya habían hecho bastante y doblándose, me hicieron caer al frío suelo. El golpe en mi cabeza hizo que mi mundo girase más que el de cualquier borracho. Intenté ponerme en pie pero mis piernas se negaban a obedecer.

—¡Doctor! ¡El paciente se cayó! —escuché decir a una voz femenina que a lo lejos parecía acercarse, cerré los ojos y cuando los abrí vi unas botas de campaña negras a pocos centímetros de mi rostro, sentí como giraban mi cuerpo hasta dejarme boca arriba, allí perdí el conocimiento.

Cuando desperté estaba en otra camilla y en lugar diferente, aunque por el techo y la fría pared a mi izquierda supe que estaba en el mismo hospital. Segundos después, una voz masculina y gruesa me dio la bienvenida.

—Tómatelo con calma, no quiero que te vuelvas a caer.

Cuando me giré él estaba en su escritorio, era un afro descendiente de cabello corto que estaba llenando unos récipes.

—¿Dónde estoy? —pregunté mientras me sobaba la pierna.

—Hospital de Genoveva, te trajeron luego del choque —dijo él tras firmar una hoja y verme—. Ella te encontró.

El doctor señaló a una joven sentada en una silla un poco retirada del escritorio, casi en la entrada del consultorio. Era una simpática muchacha no mayor de veinticinco años, con cabello castaño y ojos café, vestía el uniforme azul marino de los bomberos de Genoveva, pero vaya que le quedaba bien.

Hice un esfuerzo y pude sentarme en la camilla, al hacerlo ambos me

contemplaron amistosamente.

—¡Gracias! —dije a la joven que sonrió al escucharme.

—Hacía mi trabajo.

—¿Cómo quedó la moto?

—No creo que sirva para mucho luego de lo que pasó —musitó ella.

—Alison te encontró en la vía tras el choque contra el árbol —intervino el médico tomando otra hoja de un talonario que tenía en su escritorio—. Te aplicó los primeros auxilios allá y llegó con la ambulancia que ella misma mandó a llamar.

—Ya veo. Te lo debo Alison, yo me llamo...

—Jack, lo sé —agregó ella—. Revisé tus papeles al encontrarte.

—Comprendo...

—Tus cosas están aquí también, chico —señaló el doctor apuntando con su bolígrafo hacia la magullada caja, mi casco y la mochila que reposaban en una esquina de la oficina—. Alison empaquetó todo lo que encontró, hasta tus llaves y tu teléfono.

—¡Con todo lo que me ha pasado ya odio a esa condenada caja! —confesé meneando la cabeza.

—¿No quieres la caja? —preguntó Alison.

—Parece que no desea ser entregada —contesté llevándome una mano a la cabeza.

—Jack, no te veo mal, he visto gente que ha quedado peor que tú de accidentes en motocicletas, creo que tuviste suerte, pero mañana tendrás que volver y hacerte unas radiografías.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Son casi las diez de la noche —replico el médico.

—¡Diablos! —exclamé alarmado—. Mi hermano...

—Sabe que estas bien, hablé con él hace rato, hice que se calmara y le dije que viniera por ti con mucha calma, no debería tardar mucho en

llegar.

—Gracias, doctor.

—No hay nada que agradecer, cuando termine este recípe te llevaré a la sala de espera donde aguardaras por tu hermano, pero debo recordarte las radiografías, son importantes.

El médico se levantó y me entregó un papel con esa letra jodidamente difícil de leer y que sólo ellos pueden entender.

—¿Y el tipo que se me atravesó? —pregunté tras recordarlo súbitamente—. Alguien se metió en medio, fue por él que perdí el control...

—No vi a nadie más —replicó Alison.

—Tal vez fue un indigente o un suicida que al ver el desastre que causó, se fue corriendo. No creo que valga la pena que te preocupes más por eso, chico. Tú dedícate a recuperarte.

—Sí, está bien, gracias, doctor ¿No venden comida por aquí?

—Hay un cafetín a poco más de doscientos metros del hospital.

—Yo iré. —Se ofreció Alison—. Te acompañare a la sala de espera e iré a comprarte algo de comer.

Sonreí sin saber que decir, entonces Alison me ayudó a ponerme en pie, tras cargar mis cosas y esa asquerosa caja me cogió por el brazo y me acompañó a la sala de espera, siguiendo al médico. Yo me sentí algo apenado, aunque no pudo evitar volver a fijarme en sus ojos, los cuales llamaban mi atención. Luego nos quedamos un rato hablando cuando ella volvió con una torta tres leches que me compró en el cafetín.

Capítulo 5

Jack

—¡Jack, muévete! —ordenó mi hermano Peter al empujar mis pies con la escoba.

El tono de su voz denotaba enfado. Siendo franco, hubiera apreciado algo más de consideración de su parte, no habían pasado ni dos días desde que había regresado a casa y ya quería que lo ayudara a limpiar.

—¿Sabes que casi muero verdad? —pregunté mientras aún miraba televisión.

—No te pasó nada relevante, ni siquiera te pusieron un collarín como a mí cuando choqué el auto de mama hace años, lo mío si fue duro. —me contestó una vez que levanté los pies y él barrió el área debajo de estos.

—¿Hola? —repliqué señalando la venda en mi cabeza—. Hasta la moto quedó irreparable.

—Tienes la cabeza tan dura que no te paso nada, el mismo médico lo confirmó cuando vio tus placas. Deja de actuar como un mártir y ponte a fregar, ya tienes dos días sin colaborar con la limpieza.

El cuatro ojos era estricto, pero era mejor que estar con mis padres en Blue Stone. Con mi hermano tenía más ventajas y cosas en común. El desagrado por mi padre era una de ellas, aunque también había sacado algo de su mal carácter, y cuando Peter se ponía así era mejor hacerle caso, después de todo, el apartamento no era tan grande y no teníamos tantas cosas, por lo que decidí que lo ayudaría...en un rato.

—¿Me acompañaras a Mist Cost? —cuestionó mientras empezaba a encerar el piso.

—No creo que deba viajar ahora...

—¡Serás...! —empezó a decir mientras miraba el mueble frente a mí. Peter no tardó en notar mi mochila y canalizar su ira hacia ella al tiempo que me gritaba—. ¡Llévate esa cosa a tu cuarto! ¡No pensarás dejarla toda la semana allí!

—¡Voy! —contesté desanimado mientras me levantaba del sofá.

Tomé el bolso y me dirigí a mi alcoba, al entrar lo arrojé en la cama y me estiré un poco, mientras contemplaba los afiches de Sonata Ártica y de la selección de fútbol en las blanquecinas paredes de mi habitación. Me sentí tentado a jugar en el Xbox que tenía en el suelo, pero quedarme sentado frente al televisor no me apetecía mucho. Aún me dolía el cuello y la pierna, aunque era una molestia mínima en realidad.

Vacíé el contenido del bolso sobre una cómoda beige que tenía del lado derecho de la cabecera de la cama, en ese momento empezaron mis problemas.

Justo después de que cayeran mi envase para la comida y la toalla que solía llevar en caso de que fuera al gimnasio, encontré algo envuelto en un trapo negro.

En ese momento me di cuenta que mis cosas despedían un desagradable olor a humedad y carne descompuesta, aquel trapo no era mío, de eso estaba seguro. Tampoco recordaba haberlo escondido para hacerle una broma a otro de los muchachos en el trabajo. Con asco tomé el trapo y de este cayó un pequeño cofre rojo.

—¿Pero qué...? —musité sin saber qué más decir.

Era el cofre de la oficina, al menos uno de ellos. No me era posible olvidarlo fácilmente, por llevar esa cosa tuve el accidente. Estaba en un problema bastante grande. ¿Cómo llegó al interior de mi bolso?

Supuse que fue en el momento que tuve el accidente, en ese momento, tanto la caja como mi bolso salieron volando, pero que la caja se abriera y el cofre saltara a mi mochila era algo difícil de creer.

Cuando salí de mi habitación Peter estaba sentado en el sofá, ahora mirando un partido de fútbol. Así que decidí salir del departamento y hablar afuera, no quería que me escuchara.

—Hay que hacer la comida, encárgate tú, ya yo limpié —dijo él, pareciendo adivinar que estaba a sus espaldas.

—Eres un espléndido amo de casa Peter, no sé por qué algún tipo con suerte no te ha llevado a vivir con él. Aunque creo que tal vez sea porque tienes pene —dijo sarcásticamente.

—Hijo de...

—¡No te metas con nuestra mami! —repliqué abriendo la puerta para salir—. Compraré comida.

Abandoné el apartamento enrubándome hacia el ascensor, mis pensamientos estaban enfocados en qué demonios iba a hacer ahora. Era viernes y de paso eran casi las siete de noche. Así que de nada serviría irme a la oficina a entregar ese condenado cofre.

—¿Cómo sucedió esto? —musité en voz baja cuando las puertas del ascensor vacío se abrieron ante mí—. ¿Cómo se supone que voy a hacer ahora para arreglar este lio?

«Walter», pensé antes de concluir aquella pregunta. Al menos tenía que notificarle, si lo hacía seguro se reduciría el daño que podía recibir. Él odiaba que lo llamaran fuera de horario de oficina, pero esto pasó en parte por darme trabajo extra, así que debía ayudarme. O al menos eso esperaba yo que él hiciera.

«¡Al diablo!», me dije cuando empecé a marcar su número mientras el elevador se cerraba para llevarme a planta baja. Cuando las puertas se abrieron caminé por un frío pasillo con blancas paredes de frisado rustico. Las baldosas aun emanaban un olor a desinfectante, se notaba que la conserje estaba motivada en hacer su trabajo.

—¡Walter! —dije animosamente cuando él me contestó.

—¡Jack! ¿Estás bien?

—Bueno, estoy mejor, gracias por preguntar —repliqué sintiendo como mi corazón se aceleraba.

—¡Qué bueno! ¿Pero entonces para que me jodes?

—Amigo, es que pasó algo serio.

—¿Qué pasó? —El tono de Walter se volvió formal en ese momento y yo me preparé para lo que veía.

Abrí la puerta principal del edificio y salí, los pequeños postes de los jardines ya estaban encendidos, así que caminé por un sendero de grandes hexágonos de arcilla, mientras aspiraba el olor de las flores de cayena que estaban enredadas en los cercados de malla metálica adyacentes.

—¿Recuerdas el paquete de cofres que fuiste a buscar al hospital cuando me fuiste a ver?

—Sí, hoy salió hacia Star Coast.

—¿A dónde va esa encomienda? ¿No lo sabes?

—Creo que a España —replicó Walter sin darle la mayor importancia—. ¿Pero de qué va todo esto, Jack?

—Pues que no sé cómo paso esto, viejo, ¿Recuerdas que eran tres cofres?

—En efecto.

—Pues uno de ellos estaba en mi mochila... Aún no me lo explico.

—¿Qué? —Walter gritó tan fuerte que me tuve que quitar el auricular de la oreja para que mis tímpanos no sufrieran daño. — ¡Jack! ¿Cómo diablos..?

—No lo sé, de verdad que no lo sé...

—Jack ese pedido zarpará hacia España el lunes a primera hora... cuando llegue allá va a ser un desastre si el cliente sabe lo que va a recibir e introduce un reclamo por extravió.

—Lo sé, por eso te estoy llamando, ¿Crees que si te lo llevo mañana...?

—No, mañana no serviría, no hay nadie en la oficina. Jack, esa caja estaba en perfecto estado cuando la recibí ¿Cómo es que faltaba uno de los cofres? ¿Sacaste en algún momento los cofres para verlos al salir de la oficina?

—¡Claro que no!

—Por supuesto —afirmó Walter—. Y si lo hiciste nunca me lo dirías.

—¡Ya te dije que nunca abrí esa caja!

—¿Ves que tengo razón?

—Walter...

—Estoy pensando, joder. Si no arreglas esto Ortiz te va a colgar.

—Estoy muy consciente de eso, por eso quiero que me ayudes.

—Déjame pensar un rato a ver que se me ocurre, haré un par de llamadas, quédate atento.

—Gracias, viejo —repliqué.

Walter colgó y yo crucé la puerta peatonal que me daba acceso a la calle. Caminé dos cuadras hasta llegar a una pizzería, sintiéndome seguro de que las pizzas con anchoas y tocino serían bien recibidas por Peter.

Ya estaba más tranquilo, Walter era famoso por solucionar todo tipo de problemas, por eso Ortiz lo tenía en tan alta estima. Solo me quedaba esperar su llamada en cualquier momento. Seguro me pediría que llevara el cofre a una de las sucursales y asunto arreglado, no había de que preocuparse.

Capítulo 6

Jack

—¿No te lo puedes quitar de la mente verdad? —dijo mi hermano sacándome de mis pensamientos, mientras terminábamos de desayunar la mañana de ese domingo.

—Pues no... Aunque ya hable con Bobby su hermano, Ralph, aceptaron llevarnos a Alhelí para entregar el cofre.

—Que amigos tan leales tienes.

—Si claro, muy leales —repliqué recordando con dolor los cien dólares que les deposité para que nos llevaran.

—¿No hay otra forma de arreglar ese asunto?

—Según Walter esa es la única manera. Debo entregar ese condenado cofre el lunes a primera hora. Eso si quiero conservar mi trabajo.

—Algo bueno es que la ciudad de Alhelí estaba muy cerca de Mist Lake, así que terminarás acompañándome —añadió Peter levantándose de la silla del pequeño comedor y dirigiéndose a la cocina.

—No esperaba salir en mis vacaciones, menos con esta lesión en el cuello. Ya tengo bastante con ir a llevar ese cofre, así que no me jodas.

En las horas siguientes no hicimos más que alistar los bolsos que llevaríamos. Mi hermano era el único que parecía estar feliz, dado que logró comprar unas piezas para repotenciar su computadora a muy bajo precio. Era extraño como no le importaba tener que ir a buscarlas, pero supuse que así eran muchos técnicos en informática.

—¿Sabes que hay empresas que podrían traerte las piezas aquí y no moverías ni un dedo?

—¿Y si algún idiota le quita una pieza a mi paquete y lo recibo incompleto? —agregó mi hermano al volver de la cocina para buscar mi plato.

—¡No es gracioso! —repliqué seriamente.

—Lo siento, no pude evitarlo —musitó mientras me despeinaba—. Además

el vendedor es un viejo conocido, tal vez pueda pasar tiempo con él.

—¡Qué asco! No digas más por favor, iré a arreglar las cosas... —añadí dirigiéndome a mi habitación.

Al entrar busqué un gran bolso verde que tenía en mi armario, tras meter el condenado cofre, guardé cuatro mudas de ropa, ya que seguramente tendríamos que pasar un par de noches en un hotel.

Al finalizar esa tarea me recosté en la cama y girando mi cabeza a la izquierda contemplé el paisaje nuboso a través de la ventana enrejada de mi habitación.

El dolor en el cuello era molesto, sin embargo de alguna forma lo sentía tolerable, desafortunadamente, sabía que tendría varios inconvenientes en el viaje. Star Coast estaba lejos y dado que el Wrangler de los padres de Bobby no tenía los asientos más cómodos, sería problemático.

Pero no me quedaba otra opción, el desempleo estaba muy alto en este estado. Si me despedían seguramente tendría que volver a casa de mamá. Peter no podía mantenerme, ya era difícil para él pagar el alquiler y sobrevivir. Y aunque el dijera lo contrario, yo no sería una carga, sin embargo, volver con ellos era algo que tampoco deseaba.

Cuando mamá quedó embarazada de mí, nuestro padre, Lester Horton, tuvo que ponerse a trabajar. Tras laborar en un supermercado consiguió un trabajo con la ayuda de mi abuela materna, Lorena. Le dieron el cargo de asistente contable en un complejo farmacéutico de los nacientes laboratorios Silver Eye, que se expandían a lo largo y ancho del país. Los años pasaron y aunque Lester manejaba bien el trabajo, la situación económica y el nacimiento de Peter lo obligaron a trabajar horas adicionales, para ganar algo más de dinero y cubrir los gastos de nuestra crianza. El horario tan extenso hizo que Lester se viera obligado a dejar sus estudios en forma irreversible, lo que contribuyó a que se hiciera alguien amargado y frustrado.

La rabia acumulada de Lester no tardó en buscar una vía de escape, así que haciéndose amigo de unos compañeros de trabajo con dudosa reputación, le abrió las puertas al alcohol. Fue en ese instante cuando además de ser grosero, empezó a llegar borracho con mucha frecuencia. A menudo Lester descargaba su frustración golpeando a Peter, el cual con nueve años ya dabas señas de ser homosexual. Nuestra madre, Karina, estuvo al borde de dejar a Lester e irse a vivir con nuestros abuelos, desgraciadamente estos murieron en un accidente vial, seis meses después de que los abusos de papá empezaran. Con lo que ella, siendo solo ama de casa, no tuvo más remedio que quedarse con él.

Los minutos pasaron hasta que Peter, parándose frente a la cama, me habló.

—Nos están esperando abajo. Debemos irnos.

Asentí y tomando el bolso salí de la habitación, dispuesto a emprender el viaje.

Capítulo 7

Drubiel

Con los pies descalzos y agachados, contemplamos la escena con detenimiento. Vimos al joven llamado Jack subir a un jeep. Él llevaba el tesoro que buscaba mi compañero e iba acompañado de otro joven, era delgado, usaba lentes y tenía el cabello peinado a los lados; pero ese muchacho no era relevante para nosotros. Finalmente, el jeep arrancó, y tras abandonar el estacionamiento, se perdió en la carretera que tenía por delante.

«¿Vez como todo sale según lo esperado?», le susurré.

—¡Esto es una pérdida de tiempo! pude haber hecho esto en el hospital o aquí mismo.

«No eres un pensador muy frío querido... por eso terminaste así», le comenté en sus pensamientos.

—Lo que me pasó nada tiene que ver con mi forma de pensar —bramó empuñando nuestras manos.

«Claro que sí, fuiste confiado e imprudente y acabaste en ruinas». Le recordé.

—¡Cierra la boca! —rugió—. Cuando te encontré estabas necesitando un cuerpo y accedí a recibirte, a sabiendas del daño que eso le traería a mi contenedor. Deberías mostrarme gratitud.

«Fue un intercambio, querido, no necesito recordarte el estado que tenías, si hubiera llegado unos minutos después te habrías convertido en un despreciable renacuajo», expresé.

—No veo la hora de librarme de ti.

«El momento está próximo, aunque seguramente me extrañarás cuando me vaya, soy adorable a fin de cuentas»

—Sí, el momento está próximo. Debemos apurarnos.

«Calma, no serán capaces de burlarnos, no podrían hacerlo aunque supieran que vamos tras ellos. Así que por ahora nos centraremos en lo

que yo necesito, y eso está algo lejos de aquí, por eso debes ayudarme»

—¿Quieres que me vuelva a trasladar? —dijo él con preocupación—. Te advierto que este cuerpo...

«Lo sé, querido, nuestro bello Jonathan no va a durar mucho, pero te prometo que esta será la última vez que lo hagamos»

Con dudas empezó a danzar nuevamente, pensando en lo que pasaría si aquella carcasa que ahora era nuestro receptáculo, fallaba en aguantar lo que venía. La túnica negra empezó a bailar y girar, a medida que él describía círculos y óvalos con sus manos. Un gran dolor en nuestras entrañas nos indicó que el ritual estaba funcionando, la piel de aquel cuerpo empezó a quemarse, para luego volverse transparente poco a poco, mas aquellas heridas no desaparecerían nunca.

De un momento a otro y sin que nadie se percatara desaparecimos, dejando un putrefacto manchón escarlata en la arboleda de aquella montaña, donde la vegetación moriría y no volvería a brotar la vida en los próximos treinta años.

Capítulo 8

Jack

—¡Dejen eso! —grité desde el puesto del copiloto a Peter y Ralph, que estando en el asiento trasero, habían sacado el cofre de mi bolso para jugar... por quinta vez.

—¡Sal de ahí genio! —dijo Ralph frotando fuertemente el cofre rojizo con una mano.

Escuché el sonido del gas escapando de una botella de refresco, y segundos después Peter saltó desde el fondo del asiento, cruzándose de brazos mientras lucía un paño amarrado en su cabeza, para simular un turbante.

—Te cumpliré dos deseos. —indicó Peter esforzándose por agravar su voz al máximo.

—¿No eran tres? —preguntó Ralph simulando sorpresa.

—Ahora tienes más de veinte centímetros, hijo.

—¿Cómo lo supiste? —dijo Ralph sorprendido.

—Tengo años en esto, muchacho. —Peter soltó una carcajada y yo me di la vuelta, para forcejear con Ralph.

—¡Dejen... eso en paz! —puntalicé tras quitarle el cofre y guardarlo en mi bolso—. Perderé mi condenado trabajo si algo le pasa a esta cosa.

—¡No exageres! —comentó Ralph—, solo jugábamos un poco, este viaje ha sido muy aburrido.

—Esto no es un plan vacacional y se supone que les estoy pagando, aunque no se para que viniste tu...

—La batería tiene su maña, yo soy uno de los pocos que sabe cuál es. Puedes verme como el soporte técnico.

—En esto tiene razón —agregó Bobby hablando por primera vez, al tiempo que sacaba el cigarrillo que estuvo fumando por la ventanilla—. La última vez pasé tres horas dándole golpes a la maldita batería, vino este cretino

y en dos minutos la hizo funcionar.

—Bueno pero compórtense, en especial tú —dije lazándole un golpe a Peter.

Al hacerlo Ralph tomó mi brazo con ambas manos, y mostrándose dispuesto a morderme, agachó su cabeza para hincarme los dientes.

—Hijo del diablo...—repliqué, tomando el pesado bolso que tenía en mi regazo, para propinarle varios golpes en la cabeza a Ralph.

Me detuve cuando un sonido metálico, emanado de interior del bolso me recordó que allí estaba el cofre.

—¡Me lleva...! —exclamé cuando tras cruzar una mirada de sorpresa con Bobby empecé a revisar el bolso.

Saqué el cofre y lo sostuve en mis manos, inspeccionándolo detalladamente. Al ver que se encontraba bien, extraje una toalla amarilla del bolso y tras envolverlo, lo regresé al fondo del morral.

—¿Puedes prestarnos el cofre otra vez, Jacky? —preguntó Ralph

—¿Son retrasados mentales o qué? —pregunté.

—No es tanto por el cofre —añadió Peter.

—Es por tu cara de preocupación, es lo que les gusta ver —matizó Bobby.

—¡Malditos! —musité.

El wrangler azul de los padres de Bobby no podía ir a más de sesenta kilómetros por hora, debido a un problema en el motor, cosa que aparte de condenarlo a recorrer sólo el canal derecho en las carreteras y autopistas, aumentaba la duración del viaje a más de ocho horas. Habíamos salido a las once de la mañana y ya eran las dos de la tarde.

Lo bueno era que aún contaba con tiempo, al paso que íbamos estaríamos antes del anochecer en Alhelí, y ya que la entrega debía hacerla el lunes a primera hora, el tiempo era mi amigo. Una vez que mi trabajo estuviera seguro, podría continuar ahorrando para, tras comprarme unas cosas más, inscribirme por fin en la universidad de Genoveva. No era el mejor lugar del mundo para estudiar, pero al menos estaba por encima de la de Génesis.

Unos minutos después me recliné sobre el asiento e intenté dormir, el cuello me estaba jodiendo bastante, supuse que era por mantener la misma posición tanto tiempo. Así que tomé una cápsula de relajante

muscular para aliviar el dolor y aprovechando el efecto de la pastilla intenté descansar. Sin embargo, los gritos de Bobby y Peter eran intolerables, por lo que sin más remedio bajé la ventanilla y me dediqué a contemplar el paisaje.

—¡Te debo una, Bobby! —dije suavemente mientras el wrangler dejaba atrás los árboles, prados y enormes murallas de roca que aparecían en la vía.

—Todo para que no tengas que volver a casa, Jack... Aunque también lo hago por el dinero, pero imagino que eso te ha estado preocupando.

Yo sin decir nada me limité a asentir con la cabeza. Después de todo, Bobby conocía muy bien la historia de Lester. Vislumbré un rato más el paisaje hasta que, sin darme cuenta me dormí. Un par de horas después la voz de Bobby retumbó en mis oídos

—¿Qué pasó? —pregunté sorprendido por la impresión.

—Jack estoy cansado y los otros idiotas se durmieron —comentó Bobby al tiempo que con su pulgar señalaba a la parte trasera del wrangler—, son casi las cuatro y no he parado de manejar. A menos de cinco kilómetros hay una bomba de gasolina, o al menos eso decía un letrero ¿Crees que podemos parar y tú...?

—Tranquilo yo seguiré, no te preocupes —contesté para luego beber un poco de agua del termo que tenía en un bolsillo de mi morral.

—Por cierto, Ralph volvió a sacar el cofre mientras dormías, lo debe tener por ahí...

—¡No de nuevo! —me lamenté y giré para buscar el objeto en el asiento trasero.

Afortunadamente no tuve que buscar mucho, ya que lo encontré en la mano derecha de Peter.

—Par de idiotas... —dije entre risas cuando recupere el artículo.

—¿Ya lo abriste? —me preguntó, Bobby.

—No tiene nada —contesté con desinterés abriendo el cofre para que Bobby viera el contenido del mismo

—¿Qué es eso? —me interrogó cuando advirtió aquel cúmulo de piezas oxidadas.

—Parece un montón de monedas y tornillos... Es basura si me lo preguntas.

—¿Quién enviaría algo así?

—No tengo idea —repliqué negando con mi cabeza, mientras mi rostro expresaba indiferencia—, en la caja habían dos cofres más, uno verde y otro azul.

—¿Crees que tengan lo mismo? ¿No revisaste los otros dos?

—No Bobby...no me pagan por revisar paquetes, solo por trasladarlos.

—Pero ese si quisiste revisarlo ¿Eh?

—No... lo vi en la oficina por accidente. Se le cayó a un compañero de trabajo y rodó por el suelo, dejando ver este montón de cosas oxidadas.

—¿Y cómo llegó a tu bolso?

—De verdad lo ignoro... —agregué, deteniéndome a pensar unos instantes—. Yo llevaba los tres cofres en una caja, en el choque todo saltó por los aires, imagino que cuando vinieron a buscar la caja en el hospital no la revisaron y el cofre de alguna manera quedó en mi bolso.

—Que locura —replicó Bobby—. Cualquiera creería que quisiste robarlo y te arrepentiste.

—Si lo se... pero por suerte en el trabajo no creyeron eso, esta cosa debía salir hacia España la semana pasada...Se ha retrasado mucho.

—Tal vez ese cofre no quiera dejar Meridian.

—¡No digas tonterías, Bobby!

Tomé mi teléfono y vi la hora, si todo iba bien llegaríamos a Alhelí al caer la noche, luego pasaríamos la noche en algún hotel, y entregaríamos el paquete en la mañana.

—¡Maldición! —masculló Bobby cuando a cien metros de la estación de servicio, el wrangler dio dos fuertes sacudidas, apagándose en el sitio.

—Era demasiado bueno para ser verdad —gruñí abriendo la puerta y bajando del vehículo.

—¡Afuera! —ordenó Bobby lleno de rabia mientras zarandeaba a Ralph para que despertara —. Esta porquería se murió.

Capítulo 9

Jack

Bobby estaba molesto, sin embargo era gracioso verlo en aquellos momentos. En más de media hora no paró de discutir con Ralph y Peter en relación a la posible falla que causó que el wrangler tuviera aquella muerte súbita. Ni siquiera las mañas de Ralph pudieron hacerlo encender, por lo que, estábamos en problemas. Yo sabía de mecánica, y me sentí tentado a aportar ideas, sin embargo decidí quedarme al margen.

—¡Muchas manos en la olla dañan el caldo! —murmuré enrumbándome a la gasolinera.

Después de todo, habían pasado ya varias horas desde nuestra última comida, y con el pago de mis vacaciones en mi cuenta bancaria, decidí pagar los gastos de la que sería la cena, así que marchando a la estación de servicio me alejé del wrangler y de los tres chiflados. Caminé por el borde de la carretera hasta que llegue a la estación de servicio, la cual no era muy grande, apenas contaba con dos máquinas gasolineras, una tienda de paredes curtidas y unos baños bastante descuidados a mi parecer, todo iluminado por tres enormes postes en la vía, y las luces que descendían desde un borde del techo en la entrada del local.

Cuando crucé las puertas de aquel comercio me sentí mejor, me quedé unos instantes en la entrada, refrescándome con el aire acondicionado que descendía justo sobre mi cabeza, no lo noté en su momento, pero la caminata me hizo sudar bastante. Entonces me centré en los anaqueles llenos de bebidas gaseosas, y golosinas que se explayaban a mi derecha, de igual manera detallé los dos grandes mostradores refrigerados a mi izquierda, que lucían lo que parecían ser dulces y tortas frías de un lado, y más gaseosas en otro.

Detrás de estos se vislumbraba una caja registradora, dos neveras con más dulces y un joven de cabello largo y brazos tatuados, que divirtiéndose en una silla, veía la sección de noticias en una televisión adherida al techo con un soporte, mientras jugaba con lo que parecía ser una consola de juegos portátil.

—Y en la sección de sucesos se mantiene la investigación del robo de los artículos que se dirigían a la exhibición griega del museo de Sphere —dijo una comentarista de tez morena que pasó a mostrar un video donde se hacían varias tomas del museo más grande del país, mientras otro

periodista de voz masculina narraba los hechos.

—Un vehículo de la compañía Black Thunder fue víctima de un robo mientras trasladaba un cargamento de artículos históricos al Museo de Sphere, los organismos de seguridad a la fecha de hoy no han sido capaces de identificar a los artífices del delito. Entre los objetos perdidos se encontraban varios ítems de alto valor histórico, entre los cuales destaca la llamada “Estatua de Tifón” un artefacto arqueológico encontrado hace diecisiete años por los arqueólogos de la fundación “Towers of History”.

—¡Buenas! —comenté alzando la voz, para intentar asustar al tipo, que como un cordero hipnotizado, contemplaba su consola de juegos.

—¿Qué pasó...? —preguntó dando un salto fuera de su silla.

Aquel sujeto no era mayor de veinte años, pero ya apestaba a cerveza y a algo que a juzgar por el color rojizo en sus ojos, no era precisamente cigarro.

—A la orden ¿Qué deseas? —me respondió al verme.

Empecé a pedirle algunos dulces y otras cosas mientras miraba las noticias con desinterés. Ya había escuchado de ese robo, los artículos habían llegado a Hrist Valley desde Canadá, y en el traslado a Sphere estos fueron robados. La cosa pasó de maduro a podrido cuando los transportistas afirmaron a la policía que fueron interceptados por el director de la transnacional OEC Innovations, Owen Cunningham, quien junto a un hombre rubio de cabello corto les robaron los artículos.

—Gracias por su compra —replicó el joven cuando dejando de verme, miró con desgano a mis espaldas.

—¿Disculpe tiene un teléfono? —Preguntó una voz femenina detrás de mí.

Aquella voz se me hizo familiar, en ese momento me gire y la vi frente a mí.

—¡No puede ser! —murmuré tomando la bolsa con las compras del mostrador—. ¿Alison?

Capítulo 10

Jack

Era ella, no podía equivocarme, sus ojos de miel, su tez morena y ese cabello castaño que caía hasta la mitad de su espalda, el cual no pude detallar la última vez. Llevaba unos vaqueros ajustados y una blusa sin mangas que dejaba al descubierto su abdomen. Sin embargo, algo le había pasado, tenía vendajes en su mano derecha, y brazo izquierdo, además de unos cuantos raspones en su rostro. A pesar de todo eso era más bonita de lo que llegué a percibir aquel día en el hospital.

—¿Qué haces aquí? —pregunté extrañado

—Me dirigía a Mist Lake, tengo tres semanas libres por unas guardias acumuladas y pensé en ir a visitar a mis padres —empezó a decir ella con una voz tan suave que me hizo sentir relajado—. Pero el autobús donde iba tuvo un accidente a un par de kilómetros de aquí, alguien se le atravesó al conductor y el vehículo se volcó.

—Se lo que se siente eso... —comenté prestándole atención más al tono de su voz que a lo que decía—. ¿Pero tú estás bien?

Alison miró sus vendajes y luego me sonrió.

—Esto es superficial, en realidad tuve que asistir a los paramédicos de la ambulancia, más que todo con los primeros auxilios de los heridos de gravedad, sin embargo, no pude irme con ellos.

—¿Y qué vas a hacer? Mist Lake está a como mínimo un par de horas.

—Pues si —afirmó ella con desgano—, venía a ver si aquí podía conseguir un teléfono y...

—¿Si...? —le pregunté animándola a continuar, dado su mutismo.

—No tengo idea de que hacer... —confesó ella con una mueca apática.

—Yo tengo un auto...es decir no es mío, es de un amigo. En realidad es un jeep, pero hay espacio. Y vamos rumbo a Star Coast. Si gustas podemos llevarte hasta un terminal donde puedas tomar algo que te lleve a Mist...

—Dame un momento, Jack. —replicó ella con un tono de voz que me

transmitió algo de desconfianza.

Alison se quedó pensando unos instantes, y sin decirme nada más fue a hablar con el vendedor. Le pidió nuevamente el teléfono y cuando lo tuvo en sus manos empezó a marcar, para luego quedarse de pie esperando una respuesta.

En aquel instante comprendí que la idea que le acababa de dar, a sus ojos le pareció poco aconsejable. Apenas me conocía y yo le estaba pidiendo que se fuera conmigo y unos amigos que ni sabía quiénes eran.

No quería quedarme parado allí, podría pensar que era algún acosador que quería secuestrarla o algo peor. Así que opté por irme.

Cuando salí de la tienda, el cielo anaranjado a mis espaldas era arrastrado detrás de las montañas por la negrura de la noche. Pensé una vez más en Alison, pero seguramente podría llamar a un taxi, seguro estaría bien.

Ya estaba dispuesto a irme cuando me gire por última vez, entonces noté que ella me miraba a través de la ventana, su mirada era estoica, y aunque sostenía el teléfono cerca de su rostro, no parecía estar hablando.

Me sentí tentado a alzar la mano y despedirme, pero ni siquiera eso pude hacer. Así que con las bolsas en mis manos camine en dirección al wrangler de nuevo.

—¡Jack!

No acabé de dar una docena de pasos cuando escuché la voz de Alison y al darme la vuelta la vi que venía trotando hacia mí

—¿A dónde vas? —me preguntó sorprendida.

—Pues... Iba a ver si ya pudieron reparar el jeep. Eso es todo. —Hice una pausa contemplándola de arriba abajo, ella estaba alarmada—. ¿Pudiste comunicarte con alguien?

—Estaba llamando a un taxi pero ninguna línea me contesta —comentó sombríamente—. Jack, se está haciendo de noche y no me quiero quedar aquí ¿Tus amigos aceptarían que vaya con ustedes?

—No creo que haya ningún problema —afirmé al tiempo que con un gesto la anime a integrarse a mi marcha.

—¿Cómo te has sentido? —me preguntó luego de que diéramos unos pasos.

—Mejor, aunque me hubiera gustado reposar más, he tenido que hacer este viaje de emergencia.

—¿Sucedió algo grave?

—No tanto, solo cosas de trabajo.

—Pensé que estabas de vacaciones.

—Deja que te cuente...

Para el momento en que regresamos al Jeep nos encontramos con Bobby, quien en compañía de mi hermano y Ralph, aún luchaba por encenderlo.

—Si esta cosa no enciende estaré en muchos problemas —susurré.

—No digas eso ¡Ya va a encender! —replicó Bobby que con sus fornidos brazos parecía intentar arrancar el volante—. ¡Muevan ese borne otra vez... ¡Maldita batería!

Alison soltó una leve carcajada, la cual escondió tapándose la boca, entonces sus uñas centellearon, gracias al esmalte verdoso que las cubría.

—¡Dale otra vez! —gritó Ralph desde el capó del jeep.

Bobby intentó encender el vehículo pero solo consiguió un ligero «trak» que vino desde la batería.

—Echó chispas —añadió Peter.

—¿Y se llaman mecánicos? —bramó Bobby bajándose del jeep para dirigirse al capó.

—Son curiosos tus amigos, y muy graciosos —afirmó Alison.

—Somos un grupo único, supongo que es algo bueno.

—Te confieso que tenía mis dudas en cuanto a venir contigo o no, pero al ver a tus amigos me quedo tranquila.

—¿Y eso por qué? —cuestioné con curiosidad.

—En mi trabajo me ha tocado conocer a muchas personas, eso me ha ayudado a desarrollar cierta habilidad para saber quién tiene malas

intenciones y quién no. Es como un sexto sentido.

Bobby regresó al jeep y volvió a girar la llave, esta vez y para alivio de todos, el wrangler encendió.

—¡Vámonos de una vez! —empezó a decir Bobby cuando se fijó en Alison—. ¿Y ella quién es?

—¡Ella es Alison! —comenté presentándola a los muchachos—. Fue quien me ayudó cuando tuve el choque.

—¿Y te la encontraste aquí? —preguntó Peter extrañado.

—El mundo es un pañuelo —respondí asintiendo.

—¡Es un placer! —agregó Alison bajando ligeramente su cabeza.

—El placer es mío —replicó Peter tomando gentilmente su mano—. Gracias por ayudar a mi hermano ese día.

—Alison va para Mist Lake, Bobby. ¿Crees que podemos dejarla cerca?

—Creo que si... Pero deberás darme más dinero.

—No quiero molestar, Jack —dijo Alison algo apenada.

—Tranquila... está bromeando, anda sube al Jeep —repliqué animándola a que me siguiera al asiento trasero del vehículo.

Tras bajar el capó del jeep, Peter fue al asiento del conductor y encendió el vehículo. Bobby tomó el puesto del copiloto y Ralph quedó en la ventana trasera de la derecha, mientras que Alison se subió de última, para quedar en la izquierda. Dejándome a mí en el medio

—¿Sabes conducir, Peter? —comentó Bobby cuando mi hermano arrancó—. Quiero descansar un poco.

—Yo puedo conducir si quieres, Bobby —añadí dispuesto a colaborar un rato, después de todo en eso habíamos quedado antes de que el jeep se accidentara.

—No, Jack... No puedo arriesgarme a que el jeep de mis padres choque contra un árbol. Las cosas no funcionan así —replicó Bobby soltando una carcajada en lo que claramente era un intento por hacerme una broma frente a Alison.

Capítulo 11

Jack

—¡Oye Alison! Dinos la verdad. ¿Jack se puso a llorar cuando ocurrió el choque?—preguntó Bobby desde el asiento del copiloto cuando acabamos de comer.

—¡No molestes! —repliqué dándole un manotón por la cabeza.

—Pues no, pero se cayó en el hospital, creo que estaba muy nervioso —agregó Alison.

—Pues eso tiene una explicación —intervino Ralph—. Lo que pasa es que a Jack no le gusta que se le acerquen las mujeres, solo los hombres.

—¡Ralph te voy a...! —empecé a decir esforzándome por alcanzar a ese pecoso pelirrojo, mientras Alison estaba en medio de un ataque de risa.

—Las cosas no pasaron así... —empezó a decir ella sonrojándose.

—Imagino que Jack te vio y se cayó de la camilla —agregó Bobby girándose un poco para ver mi reacción—. ¡Asco una mujer! No me toques —dijo esforzándose por imitar mi voz.

—Pues los dos pueden irse a la...

—¡Jack! Alison es una dama, respétala —alegó mi hermano reprendiendome—. No andes de grosero.

—Es verdad, Jack —comentó Ralph—. Debería darte pena, tu hermano ni siquiera es hombre y es más caballero que tú.

—¡Anda a joder a otro! —gruñó Peter, aparcando el jeep a una orilla de la vía.

—¡Cuatro ojos, no deberíamos estacionar aquí! —exclamó Bobby mirando en todas direcciones.

Mi hermano, sin atender el llamado de su copiloto se sacó un zapato, y alargando su brazo por encima del asiento empezó a golpear a Ralph.

Cinco minutos después, el wrangler estaba en movimiento de nuevo y

Ralph lucía un moretón en una mejilla.

—Fue una suerte que vieras a Jack —agregó mi hermano

—Si... en la gasolinera no pude contactar con nadie, la verdad es que no sé qué hubiera hecho.

—Tal vez llamar a tu novio —dijo Bobby que sacó un cigarro de su bolsillo y se giró enseñándoselo a Alison —. ¿Te molestaría si...?

—Es tu vehículo —replicó ella.

—¿Te molestaría?

—Sí, creo que empezaré a toser —confesó ella.

—Entonces ya está —contestó guardándose el cigarro en su bolsillo.

—Y como le dije a Jack, no tenía a quien llamar.

Bobby simplemente asintió.

—Como sea, Alison salvó a mi hermano —agregó Peter—. Estoy en deuda con ella.

—Déjame donde pueda tomar un auto a Mist Lake y tu deuda estará saldada —contestó ella sonriendo.

—Bobby, tú conoces mejor esta vía ¿Hay algún atajo para Mist cerca?
—pregunté.

Bobby reflexionó unos instantes hasta que pareció recordar algo, entonces mirando el espejo retrovisor nos habló.

—Si mi memoria no me falla, hay un desvío que nos puede dejar cerca, está a unos ochenta kilómetros —comentó él—. Aunque perderemos una hora y media de viaje.

—¡Da igual! —dije —. Aun podemos llegar hoy a Star Coast.

—Tú eres el que paga —replicó Bobby encogiéndose de hombros al tiempo que sacaba su mano por la ventana, tal vez para sentir el aire entre sus dedos.

—¡Muchas gracias! —susurró Alison posando su mano en mi antebrazo.

Deslicé mi mano sobre la suya y toqué suavemente sus dedos, en ese momento ella buscó mis ojos y me regaló una sonrisa, luego recostó su

cabeza en mi hombro. Entonces pensé que tal vez si tenía algo de suerte.

—¡Dios mío! —masculló Bobby cuando el motor profirió un sonido que me recordó al de un anciano ahogado.

Supuse que el wrangler estaba por apagarse de nuevo, y así fue.

—Yo te ayudo, Bobby —dije bajándome del jeep cuando él hizo lo mismo.

Peter accionó la palanca que liberaba el capó de su seguro, y Bobby sin perder tiempo lo levantó.

—Es bonita —me susurró Bobby ajustando los bornes de la batería.

—¡Bastante!

—Creo que hay cierta atracción, pero es pronto para decirlo, tal vez tienes oportunidad.

—¿También lo crees? Pensé que era mi imaginación jugándome bromas.

—No, amigo. En serio tienes oportunidad, estoy casi seguro, pídele su número.

—Sí creo que lo haré, gracias.

—Aunque va para otro estado...

—No importa, ella está en un viaje de visita, en unos días volverá a la ciudad y...

Mi gran Jesús, Mi bello rey

Por tu gran amor yo te alabaré,

Mi gran Jesús, Mi bello rey

Por tu luz y tu voz me guiaré.

Capítulo 12

Jack

Bobby y yo enmudecimos al escuchar aquel canto, originado de un lugar algo lejano a nuestras espaldas. La fina voz era proyectada desde un camino de tierra poblado con matorrales y árboles silvestres. Nos giramos confusos, buscando al cantante y a unos sesenta metros lo vimos, parecía danzar con sus túnicas, las cuales se alzaban hasta sus rodillas al girar sobre sí mismo, al tiempo que avanzaba hacia nosotros. Era extraño, pero a medida que el volumen de su voz aumentaba, la luz de los postes del alumbrado público se atenuaba más.

—¿Qué diablos es... —Empezó a decir Bobby enmudeciendo cuando aquella sombra aceleró el paso para alcanzar nuestra posición.

Corrimos hasta llegar al jeep, entonces mi fornido compañero abrió la puerta del conductor sin previo aviso.

—¿Bobby qué te sucede? —empezó a decir mi hermano cuando él metió la mano debajo del asiento.

Un par de segundos después, sacó una llave inglesa plateada que debía medir más de medio metro.

Ralph entendió la seña más rápido que yo y metió la mano debajo de su asiento de donde extrajo una llave de cruz y un gran tubo, luego se bajó del wrangler.

—¿Qué sucede? —preguntó Alison llevándose una mano al pecho.

Bobby con su llave inglesa, Ralph blandiendo el tubo, y yo la llave de cruz, nos vimos esperando a aquel sujeto, que curiosamente redujo el paso y ahora caminaba de puntillas hacia el jeep. Peter y Alison seguían con preocupación los sucesos que acontecían desde el interior del wrangler.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Bobby cuando lo tuvimos a diez metros.

—¡Quiero lo mío!—replicó con una voz rasposa y ronca, totalmente diferente a la que acababa de usar para cantar.

No fui capaz de distinguir su cara, sin embargo, aun con esa capucha cubriendo su rostro, se giró hacia mí, después dio cuatro zancadas hacia nosotros, Bobby seguido por su hermano salió al frente. Mis piernas

empezaron a temblar por lo que me quedé de último, al tiempo que algo en lo más profundo de mí se me imploraba que corriera.

Me armé de valor y blandiendo aquella llave de cruz decidí avanzar, pero antes de dar siquiera tres pasos Bobby y Ralph cayeron al suelo.

Aquello no tenía el más mínimo sentido, Bobby era fuerte, su hermano y él siempre habían trabajado mecánica. Y ese trabajo te hace ganar músculos, sin embargo aquel sujeto, delgado y andrajoso se los quitó de encima con un simple empujón.

La sombra lanzó un alarido y los bombillos de los postes explotaron, dejando la calle totalmente a oscuras. Sólo nos quedó la luz de los faros del wrangler, aunque estos empezaron a parpadear. Mientras tanto, Peter luchaba para que el vehículo encendiera.

—¡Tu tocaste lo mío! —anunció él extendiendo su brazo para señalar a Ralph. Segundos después el chico cayó de rodillas y empezó a vomitar en forma continua.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? —preguntó Bobby retrocediendo un poco sin dejar de ver a la sombra que murmuraba.

Un líquido escarlata brotaba a chorros por la boca de Ralph, al tiempo que mis piernas estaban al borde del colapso, no podía creer lo que estaba pasando.

—¡Vamos, Jack! —rugió Bobby alzando su llave inglesa mientras corría de nuevo hacia la sombra, quien con cierta gracia, esquivó el golpe de mi compañero, al tiempo que extendía su pierna para hacerlo tropezar y caer al suelo.

—¡Bobby! —grité dispuesto a ir en su ayuda, pero la sombra me señaló.

Mis piernas se doblaron debajo de mí, provocando que me desplomara, entonces fue cuando en vano intenté levantarme, mientras ese asesino aplastó el cráneo de Bobby con un fuerte pisotón.

—¡Bobby! —gritó Ralph ahogadamente.

En ese momento fuimos capaces de ponernos en pie. Yo retrocedí, pero Ralph, con un manchón rojo en su camiseta avanzó hacia nuestro atacante, intentando herirlo de alguna manera

—¡Vámonos, muchachos! —escuché a mi hermano decir a mis espaldas. Él y Alison acababan de bajar del wrangler.

—¡Dame lo mío! —demandó la sombra viéndome con atención.

—¡Ven, Ralph! —grité esperando que el chico me hiciera caso.

Pero todo fue inútil, aquel joven encolerizado intentaba golpear al que había acabado con la vida de su hermano. Entonces nuestro agresor, habiendo esquivado dos de sus golpes, lo derribó.

La sombra avanzó y tomándolo del cabello tiró de él hasta que lo hizo quedar de rodillas. Ralph luchó golpeando los brazos de aquel hombre, sin embargo sus golpes no bastaron para liberarlo.

Apreté con fuerza la llave de cruz que tenía en mis manos y me encontré dispuesto a ayudarlo, pero fui detenido esta vez por Alison, la cual me frenó en seco al ver que nuestro atacante, en un acto tan bárbaro como increíble, desprendió la cabeza de Ralph de su cuerpo, extrayendo con esta parte de su espina dorsal.

El cuerpo sin vida de Ralph cayó al suelo, y con Peter llevando mi bolso empezamos a correr por aquel camino negruzco, donde ya no quedaban vestigios de luz, mientras a lo lejos volvimos a escuchar la canción de ese homicida.

Mi gran Jesús, Mi bello rey

Por tu gran amor yo te alabaré,

Mi gran Jesús, Mi bello rey

Por tu luz y tu voz me guiaré.

Capítulo 13

Jack

—¡Esto tiene que ser un sueño! —lloriqueó Peter cuando paramos de correr y nos vimos en medio de la carretera.

Ignoraba cuanto tiempo estuvimos huyendo, ya que olvidamos nuestros celulares en el jeep. Sin embargo, sé que fue bastante tiempo, tal vez una media hora, aunque me atrevería a decir que fue más.

—No es un sueño, Peter —le dije a mi hermano—. Ellos están...

—¡Es imposible, Jack! Esto es un sueño...

—¡No lo es! —comentó Alison frotando su antebrazo izquierdo—. Yo también quisiera estar soñando y que nada de esto estuviera pasando pero...

—¿Cómo fue capaz de hacer eso? No lo entiendo —comenzó a decir mi hermano, quien estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa.

Yo comprendía como se sentía, era imposible para un hombre con la contextura que vimos, asesinar a Bobby y a Ralph de esa forma. Estaba sin palabras y solo me enfocaba en contener mis ganas de llorar, lo que le había pasado a Ralph y Bobby era algo que no pude imaginar ni en mis peores pesadillas.

Por otro lado me encontraba muy adolorido, la gran carrera que dimos hizo que mi cuello se resintiera. Esa fue una de las razones por las cuales nos detuvimos, además de que él no nos seguía, lo cual era un alivio.

Sintiéndonos más calmados continuamos caminando, aunque no dejábamos de ver hacia atrás, el bolso no pesaba mucho, pero si me fastidiaba el cuello, por lo que se lo regresé a mi hermano luego de habérselo quitado minutos atrás.

—No conozco esta zona —confesó Alison —. No sé a dónde podemos ir...

—Solo nos queda seguir y encontrar ayuda—afirmó mi hermano cabizbajo.

Yo también deseaba que nos encontraran, sin embargo, era extraño que en todo el tiempo que corrimos no viéramos ningún auto, aunque sabía

que aquellos parajes no eran muy concurridos.

Habiendo perdido casi por completo la noción del tiempo, tampoco nos fijamos cuando el cielo se nubló, lo que si notamos fue que a cada paso que dábamos, nos sentíamos más cansados.

—Como si no tuviéramos bastante ya... —mascullé al sentir las gotas que empezaron a caer en mi rostro.

—¡Miren eso! —anunció Alison a viva voz.

Yo iba adelante, así que no me di cuenta cuando ella se giró, sin embargo, al darme la vuelta fui testigo de dos faros que se aproximaban a nosotros. Alison buscó con desesperación un carnet que colgaba de un tirante en su cuello y le hizo señas al vehículo para que se detuviera.

Ante nosotros se detuvo una patrulla de la guardia vial, un cuerpo de policía que cumplía funciones de tránsito vehicular y guardabosques. Con la identificación de los bomberos de Genoveva en mano, ella se inclinó para hablar con él funcionario de cabello castaño, camisa y chaqueta verdes con pantalón negro que manejaba el vehículo. Le contó lo ocurrido, aunque no ahondó en los detalles de las muertes de Ralph y Bobby. Revelar esa información podría hacernos ver como unos estúpidos o unos mentirosos, lo cual causaría que aquel agente nos abandonara.

El guardia informó la situación por radio y haciendo que Alison tomara el asiento del copiloto, nos hizo subir a mí y a mi hermano al asiento trasero. Luego de eso arrancó.

Calculó que recorrimos más de quince kilómetros hasta que arribamos a un módulo de la guardia vial, donde este mismo oficial nos anunció que serían tomadas nuestras declaraciones.

El módulo no era más que una pequeña edificación con tres espacios, el primero servía como oficina administrativa y sala de espera, el segundo era un baño y el tercero un pequeño dormitorio con una cocina eléctrica y un friegaplatos. Una cuarta puerta estaba a un lado de la oficina, la cual parecía conducir a lo que se podría llamar patio trasero.

Estuvimos en la oficina un largo rato, aquel lugar no tenía más que un par de computadoras, dos escritorios con sillas negras metálicas bastante faltas de pintura y unos cuantos afiches que invitaban a las personas a conducir con prudencia. Alison, siendo la primera en declarar, decidió romper con el silencio y empezó a contarle, con lujo de detalles, los hechos al funcionario que tomaba nota. El agente la miró con escepticismo, aunque no le dijo nada.

—Voy contigo, pero dame un momento —me informó el oficial de tez morena, que tras tomar el testimonio de Alison, se levantó y salió del módulo

—Creo que tiene sed —comenté.

—Va a mascar chimó —afirmó Alison con seguridad—. También se le llama tabaco de mascar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Peter.

—Tiene los dientes muy amarillos, además en su rostro se nota que tiene sueño, el tabaco de mascar mantiene despierta a la gente. Aunque es desagradable.

—¿En serio crees que vaya a mascar esa cosa? —cuestioné.

—Espero que sea eso, lo otro que se me ocurre es que ese agente pensó que estoy loca o somos unos...

Alison guardó silencio cuando escuchamos un disparo afuera. Mi corazón se aceleró, así que corrí a la ventana, pero honestamente no estaba listo para lo que estaba por ver.

Capítulo 14

Jack

Por un momento llegué a pensar que me lo estaba imaginando todo, sin embargo, al buscar los rostros de Alison y Peter los encontré dominados por el miedo.

Los ojos de Alison se llenaron de lágrimas al escuchar los gritos que venían del exterior de la oficina.

—¡Esto no puede ser! —masculló mi hermano.

Yo también me negué a creerlo pero allí estaban, eran Bobby y Ralph, estaban con vida y forcejeando con los guardias viales.

Sacudí mi cabeza varias veces al tiempo que cerraba fuertemente los ojos, mientras deseaba que al abrirlos pudiera despertar de esta terrible pesadilla. Pero aquello no sucedió.

El guardia que nos trajo estaba tendido en un charco de su propia sangre, mientras que los otros dos luchaban contra mis compañeros. El que estaba con nosotros en la oficina soltó una ráfaga de disparos sobre Bobby, pero ni siquiera lo incomodaron, entonces nuestro antiguo amigo embistió al guardia y tras alzarlo, lo estrelló contra el suelo, luego se le tiró encima y empezó a golpearlo.

Ralph por su parte estaba aferrado al cuello del tercer guardia, aquel pobre hombre daba alaridos y bramidos que, a excepción de nosotros, no serían escuchados por nadie. A pesar de lo que estaba haciendo Bobby, yo no dejaba de ver a su hermano, su cabeza con todo y espina dorsal habían sido insertadas de nuevo en su cuello, del cual se escurrían gruesas líneas de líquido escarlata, que ahora brillaban ante la luz de los faros del módulo donde estábamos.

—¿Qué está pasando aquí? —chilló Alison perpleja, al tiempo que cubría su rostro, sin poder contener el llanto.

—¡Hay que irnos! —anunció Peter dirigiéndose a la puerta cercana a la de la oficina.

—Pero ellos están... —empezó a decir Alison.

Dudé unos instantes pero no tardé en darle la razón a mi hermano, no podía entender en su totalidad todo lo que estaba sucediendo, pero algo estaba claro, aquellos a quienes veía, ya no eran mis amigos.

—Peter tiene razón, Alison —le indiqué posando mi mano en su hombro —. No puedo explicarlo, pero es mejor que nos vayamos, debemos correr.

Al abandonar el módulo nos encontramos con un monte repleto de arbustos y pequeños árboles que se extendían hasta la lejanía, a nuestra derecha, a unos setenta metros se veía la carretera, así que con mi bolso a cuestas nos lanzamos corriendo hacia ella, dejando atrás el pandemónium en que se había convertido aquel módulo. Mientras corríamos fui capaz de escuchar tres disparos más, después no hubo más que silencio.

—¿A dónde...? —preguntó mi hermano.

—Lo más lejos que podamos de ellos—repliqué.

Nuestra marcha se prolongó varias centenas de metros, los pocos automóviles que pasaban se negaban a detenerse y prestarnos auxilio. Tras un buen rato y cuando pensamos que todo estaba perdido, vimos un pequeño bus acercándose.

Alison se paró en medio de la vía y empezó a agitar las manos, mi hermano Peter la imito y poniéndose dos pasos delante de ella empezó a hacerle señas al conductor para que se detuviera.

—¡Por favor! Necesitamos ayuda —gritaban ella y mi hermano sin parar.

—¡Aléjense de la vía! —grité cuando note que el bus, lejos de bajar la velocidad, aceleró dispuesto a embestir a mis compañeros.

Peter se quitó, pero Alison se quedó en medio de la carretera. Tal vez era la costumbre, ya que al pertenecer a los bomberos, uno sólo de sus gestos bastaba para que cualquier automóvil se detuviera a recibir advertencias o algo por el estilo. Aquello podría haber funcionado si ella hubiera estado vistiendo su uniforme, pero no era el caso ahora, por lo que el conductor, pensando tal vez que aquello era una treta para robarlo decidió acelerar.

El dolor en mi cuello se presentaba a cada paso que daba, sin embargo, fui capaz de tomar a Alison por la cintura y sacarla de la carretera.

—¡Maldito bastardo! —gritó Peter al bus todas sus fuerzas, mientras se

nos acercaba—. ¿Están bien?

—Nada grave —comenté—. ¿Qué tal tu Alison?

—Gracias Jack... —agregó ella evidentemente desilusionada—. Pensé que se detendría como la última vez... pero creo que no inspiro nada sin mi uniforme.

—No digas eso, cielo —dijo una voz a nuestras espaldas—. No es el uniforme lo que me importa.

Me giré y Alison se refugió a mis espaldas. Era él, esa maldita cosa estaba allí, viéndonos fijamente a través del manto negro que lo cubría.

—Tú también tocaste lo mío —anunció él haciendo un ademán que hizo caer de rodillas a mi hermano.

Sentí un escalofrío, era como si una gran aguja helada atravesara mi corazón, estaba sucediendo lo mismo que paso con Ralph, pero no estaba dispuesto a dejar que la historia se repitiera con Peter, así que busqué a mí alrededor hasta que di con una enorme piedra, y con ella en mi mano me fui al ataque.

—¡Tranquilo! —susurró, tras atrapar mi mano y torcerla hasta que me vi en la necesidad de soltar la roca—. A ustedes no les aplastaré la cabeza, no teman.

—¡Corran! —grité antes de ver que Peter no podía moverse por el dolor, y Alison parecía estar paralizada.

Cuando volví a encarar a nuestro atacante sentí su puño encajándose en el centro de mis ojos, luego me soltó. Lo último que escuché fue el grito de Alison, entonces las tinieblas nublaron mis ojos.

Capítulo 15

Jack

Cuando desperté mis manos estaban inmóviles gracias a una cuerda que las retenía a mis espaldas. Solo llevaba mi ropa interior, a mi lado estaba Alison inconsciente en una situación similar. Ambos estábamos frente a aquel engendro, que dibujaba un extraño círculo en el suelo, con lo que parecía ser tiza blanca.

Miré a mí alrededor intentando ubicarme, entonces concluí que estábamos en un almacén viejo. Vi tres grandes contenedores con rastros de pintura verde, y bastante oxidados, junto a ellos detallé algunos balastos quebrados a lo largo y ancho del suelo. Las paredes mugrientas y el olor a humedad eran prueba de que aquel lugar no era frecuentado desde hacía ya bastante tiempo.

—¡Alison! —susurré débilmente intentando llamar su atención, desafortunadamente por más que lo hice fue imposible.

—Déjala dormir —comentó aquel sujeto suavemente, dándose la vuelta para verme, entonces noté que sostenía algo en su mano—. Estoy feliz, al fin tengo lo mío.

Me costó un poco de trabajo detallarlo, pero en efecto era el cofre que estuvimos trasladando desde Genoveva. Lo segundo que vi fue su rostro, su carne estaba chamuscada en todo el lado derecho, además exhibía una abundante barba y un descuidado cabello largo que caía hasta sus hombros.

—¡Si ya tienes lo que quieres déjanos ir! —demandé.

—No puedo, aun necesito algo de ti, además hay cosas que quiero resolver —dijo señalando hacia el cielo.

Yo elevé mi cabeza y con una mezcla de pánico y sorpresa vi a mi hermano amarrado y colgando de unas argollas en el techo.

—¡No nos hagas daño! —susurré casi en tono de súplica volviendo a verlo.

—No sé cómo decirte esto muchacho... Pero no vas a salir bien parado de esta situación.

—¿Qué hay de Peter? ¿También lo necesitas?

—Él sobra, pero a la chica si la necesito, bueno no exactamente yo...
Alguien cercano.

Aquel monstruo suspiró aliviado cuando abrió el cofre y sacó la masa de óxido que este contenía, luego con aire triunfal me encaró mientras las acariciaba.

—No sabes cuánto tiempo he esperado esto...

—¿Realmente son tuyas? —pregunté, aunque estaba seguro de la respuesta. —. Tu eres el que se me atravesó en la vía aquel día...

—No solo a ti, al chofer del autobús donde iba tu amiga también me le aparecí, su choque fue más catastrófico que el tuyo, es bueno saber que no he perdido mi toque. Pero quería tenerlos juntos a ambos.

—¿Qué demonios es lo que quieres?

—Cuando necesitaste ayuda llamaste a tus amigos, pues yo también tengo gente a la que quiero llamar, y para eso necesito el cofre.

—Bobby y Ralph... ¿Que les hiciste? ¿Qué pasó en el módulo?

—Nadie quedó vivo allí, tus amigos y esos policías deben estarse pudriendo en este preciso instante.

En aquel momento los ojos de esa criatura se entornaron, quedándose así varios segundos, hasta que volvieron a la normalidad.

—Disculpa Jack, tengo voces en mi cabeza que me piden que me ponga a trabajar, hay mucho por hacer, espero que entiendas.

En aquel momento aquel sujeto sacó de su túnica un grueso y enorme aro de metal, tan brillante como la obsidiana y con la forma de una serpiente. Entonces sujetando la cabeza y cuello del animal como si fuera una espada tiró de ella. Un chasquido metálico precedió a la liberación de una delgada hoja de acero, tan larga que chocó contra el suelo y tan flexible que se desparramó en él. Nunca había visto un arma como esa, era como un látigo de metal.

—¡Bueno! —dijo con entusiasmo acercándose a Alison—. Manos a la obra

—¡Aléjate de nosotros! —Grité con toda la energía que pude— ¡No le pongas una mano encima!

—¡Ah, ya veo! —comentó él denotando sorpresa—. ¿Ella te gusta verdad? Tranquilo, si la que ocupará este cuerpo acepta, podrán divertirse un rato. Al menos sentirán algo. Después de todo, creo que a ella le gustas y se merecen probarse. ¡Que viva el amor!

—¡Hijo de puta!

—¡Condenado mocoso! —rugió él apretando mi cuello con fuerza—. No digas groserías, es malo, además estoy siendo indulgente. Pero te daré un regalo porque me siento generoso. Tú hermano no morirá, ese pensamiento de querer salvarlo vivirá en mí.

Con esas últimas palabras él posó una mano en mi frente y la otra en la de Alison. Mientras su espada, como si de un ser viviente se tratase, se elevó por el aire y empezó a girar sobre su propio eje. En aquel momento ella abrió los ojos y empezó a gritar de dolor, segundos después me uní a ella en esa sinfonía de sufrimiento y desesperación.

Aullé hasta que mis cuerdas vocales parecieron desgarrarse, luego mis fuerzas me abandonaron y poco a poco fui perdiendo el sentido.

Capítulo 16

Epilogo

Finalmente cayó la noche en el pueblo de Alhelí, los dos nos encontrábamos en la azotea de un pequeño edificio, ocupando los cuerpos que alguna vez fueron Jack y Alison, pero eso era parte del pasado. Un buen rato observamos la calle, donde los vehículos y peatones transitaban, la mayoría regresando a sus hogares.

—¡Fue divertido! —comentó ella acariciando su nuevo rostro.

—Ciertamente —repliqué—. Pero ahora debo volver, hay trabajo y me esperan.

—Cuida ese cuerpo, no volveré a salvarte —agregó sacando un espejo de su bolso para verse la cara.

—¿Te quedarás en perfil bajo?

—Es lo mejor, no quiero volver a servir a Zagan, creo que viviré por aquí unos años, mientras me dure este cuerpo al menos. Tal vez continúe el trabajo que ella hacía, puede que sea divertido.

—Veo que aún quedan rastros de ella en ti, pero si eso te hace feliz pues que así sea —contesté arqueando las cejas—. Por mi parte cumpliré nuestro acuerdo, nunca te delataré, aunque mi oferta sigue en pie, si hablo en tu nombre serás bienvenida en nuestra casa

—No gracias, pero tal vez podamos encontrarnos alguna vez —replicó dando un salto de aquel edificio y aterrizando en el suelo como una pluma.

—Creo que si me estaba encariñando, pero supongo que estamos mejor por caminos separados —susurré dando la vuelta, mientras caminaba para lanzarme de la azotea. Al hacerlo caí en la calle opuesta por donde ella se fue—. ¡Adiós, Drubiel!

Al recorrer unos cuantos metros me topé con un pobre y desdichado vagabundo. Mudo, sordo y ciego, además carecía de un pie. Cuanto vi la una mugrienta taza a su lado saqué unas monedas y allí las deposité. Verlo me causó algo de gracia, y también nostalgia, por lo que le di una palmada en el hombro.

—Adiós, Peter—susurré a esa pobre alma incapaz de reconocerme, entonces partí.

Capítulo 17

©Asteria Bridget, Gerhard Wolf, 2019

Título: Alhelí

Corrección: Lorenzo Ramírez

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento.